

SEBASTIÁN SEGUÍ



APOCALIPSIS:
LA AGONÍA DEL PLANETA
TIERRA PASO A PASO



Capítulo 1

«La revelación de Jesucristo, que Dios le dio, para manifestar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto; y la declaró enviándola por medio de su ángel a su siervo Juan, que ha dado testimonio de la palabra de Dios, y del testimonio de Jesucristo, y de todas las cosas que ha visto» (vv. 1-2).

De todos los apóstoles, solo hay evidencia de que Juan fue el único que no sufrió el martirio, aunque fue desterrado a la isla de Patmos para impedir que predicase el arrepentimiento y la fe en Jesucristo muerto y resucitado.

Sabemos de la muerte de Pedro por las palabras que le dijo Jesús: «De cierto, de cierto te digo: Cuando eras más joven, te ceñías, e ibas a donde querías; mas cuando ya seas viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará a donde no quieras. Esto dijo, dando a entender con qué muerte había de glorificar a Dios» (Jn 21:18-19). Y llegó el día en que el Señor Jesucristo le dijo a Pedro que había llegado la hora de su muerte, y él lo anunció a sus hermanos diciendo: «en breve debo abandonar el cuerpo, como nuestro Señor Jesucristo me ha declarado» (2 P 1:14). También sabemos que el apóstol Pablo murió martirizado en Roma, y poco antes de su

ejecución escribió a Timoteo estas palabras: «Porque yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano» (2 Ti 4:6).

Los destinatarios de la revelación que Jesucristo dio al apóstol Juan eran las siete iglesias de Asia Menor, y le dice a Juan que las cosas que le va a revelar deben suceder pronto. Con estas mismas palabras se despide Jesús de sus siervos al final del libro diciendo: «Estas palabras son fieles y verdaderas. Y el Señor, el Dios de los espíritus de los profetas, ha enviado su ángel, para mostrar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto. [...] Yo Jesús he enviado mi ángel para daros testimonio de estas cosas en las iglesias» (Ap 22:6, 16).

Cuando Jesús dice *las cosas que deben suceder pronto*, hemos de tener presente que su reloj no marca horas, sino eventos, señales o sucesos. Un ejemplo lo tenemos en el Evangelio de Lucas, donde Jesús dice: «Como fue en los días de Noé [esta es la señal], así también será en los días del Hijo del Hombre. Asimismo, como sucedió en los días de Lot [esta es la señal], así será el día en que el Hijo del Hombre se manifieste» (Lc 17:26-30).

De estas palabras podemos deducir que cuando veamos entre nosotros las generaciones de Noé y de Lot, sabremos que las agujas del reloj de Dios apuntan a la segunda venida de Jesucristo, una venida que está cerca.

El apóstol Pedro escuchó estas palabras de la boca de Jesús y años más tarde escribió: «Mas, oh amados, no ig-

noréis esto: que para con el Señor un día es como mil años, y mil años como un día» (2 P 3:8). Hoy, después de poco más de dos mil años, podemos decir sin temor a equivocarnos que las cosas reveladas para el fin de los días están próximas a cumplirse, porque ya tenemos entre nosotros a las generaciones de Noé y de Lot anunciadas por Jesús.

«Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas; porque el tiempo está cerca» (v. 3).

Son centenares las profecías hechas en el A. T. con respecto al Mesías, y todas ellas se cumplieron. Veamos algunos ejemplos:

- El profeta Miqueas, en el año 750 a. C., profetizó que Jesús nacería en Belén (Miq 5:2).
- El profeta Isaías, contemporáneo de Miqueas, en el año 760 a. C. profetizó la muerte y la causa por la cual moriría Jesús (Is 53:3-6).
- El rey David, en el año 1000 a. C., profetizó qué clase de muerte sufriría Jesús: la crucifixión (Sal 22:16-18). La muerte por crucifixión no existía en tiempos de David. El primer registro histórico de la crucifixión data del año 519 a. C. por el rey Darío I de Persia⁴.

⁴ <https://www.gotquestions.org/Espanol/crucifixion.html>. (Último acceso 9 octubre 2023)

Así como todas las profecías hechas sobre Jesús tuvieron cumplimiento, algunas más de mil años más tarde, las profecías hechas por Jesús tendrán cumplimiento. Veamos la primera profecía que hizo a los apóstoles, cuando les dijo: «¿Veis todo esto? [refiriéndose al templo de Jerusalén] De cierto os digo, que no quedará aquí piedra sobre piedra, que no sea derribada» (Mt 24:2). Con antelación, Jesús vio a Tito⁵ destruir el templo en septiembre del año 70 d. C.

Seríamos unos necios si después de tantas pruebas indubitables pusiéramos en tela de juicio los acontecimientos profetizados por Jesucristo para el tiempo del fin revelados en el Apocalipsis. Por esto Jesús llama bienaventurados a los que leen, a los que oyen las palabras de esta profecía y a los que guardan las cosas en ella escritas; porque el tiempo está cerca.

Leer, oír y guardar: estas son las condiciones para que cuando sucedan las profecías, sepamos que el tiempo del fin ha llegado.

«Juan, a las siete iglesias que están en Asia: Gracia y paz a vosotros, del que es y que era y que ha de venir, y de los siete espíritus que están delante de su trono; y de Jesucristo el testigo fiel, el primogénito de los muertos, y el soberano de los reyes de la tierra. Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos hizo

⁵ Donald L. Wasson, «Tito», *World History Encyclopedia* (4 junio 2013), <https://www.worldhistory.org/trans/es/1-10310/tito/>. (Último acceso 9 octubre 2023)

reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén» (vv. 4-6).

La dedicatoria de la revelación va dirigida a los santos de las siete iglesias de Asia Menor. En la dedicatoria se resaltan el amor de Jesucristo y su sangre derramada para el perdón de los pecados, y la promesa que hace a sus redimidos es que los hará reyes y sacerdotes para Dios su Padre. Son cargos, distinciones, que habrá durante el reinado de Cristo en el milenio: unos reinarán con Cristo y otros ejercerán de sacerdotes llamando a los hombres a que se reconcilien con Dios por medio del arrepentimiento y la fe en Jesucristo.

«He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron; y todos los linajes de la tierra harán lamentación por él. Sí, amén. Yo soy el Alfa y la Omega, principio y fin, dice el Señor, el que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso» (vv. 7-8).

Así como todos los que se salvaron y los que perecieron vieron llegar el día del diluvio, del mismo modo los que serán arrebatados y los que serán dejados para juicio verán este día, y los que le crucificaron y todos los linajes de la tierra lamentarán lo que le hicieron. Este día recordará la tierra estas palabras que dijo Jesús: «Porque como el relámpago que sale del oriente y se muestra hasta el occidente, así será también la venida del Hijo del Hombre. [...] Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las

tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria» (Mt 24:27, 30).

«Yo soy el Alfa y la Omega, principio y fin, el que ha de venir, el Todopoderoso». Estos calificativos revelan que Jesucristo es uno con Dios, porque Dios en el A. T. usa estos mismos términos refiriéndose sí mismo, como vemos cuando se manifestó a Abraham diciendo: «Era Abram de edad de noventa y nueve años, cuando le apareció el Señor y le dijo: Yo soy el Dios Todopoderoso; anda delante de mí y sé perfecto» (Gn 17:1). Al profeta Isaías, Dios le dijo: «Yo soy el primero, y yo soy el postrero, y fuera de mí no hay Dios. [...] Yo mismo, yo el primero, yo también el postrero» (Is 44:6; 48:12).

«Yo Juan, vuestro hermano, y copartícipe vuestro en la tribulación, en el reino y en la paciencia de Jesucristo, estaba en la isla llamada Patmos, por causa de la palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo. Yo estaba en el Espíritu en el día del Señor, y oí detrás de mí una gran voz como de trompeta, que decía: Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último. Escribe en un libro lo que ves, y envíalo a las siete iglesias que están en Asia: a Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea» (vv. 9-11).

La misión encomendada a Juan por el Alfa y la Omega, el primero y el último, es que escriba en un libro lo que ve y lo envíe a sus hermanos que se encuentran en

las siete iglesias situadas en Asia Menor, casi todas ellas fundadas por el apóstol Pablo, el cual había sido ejecutado en Roma allá por el año 64 d. C.

«Y me volví para ver la voz que hablaba conmigo; y vuelto, vi siete candeleros de oro, y en medio de los siete candeleros, a uno semejante al Hijo del Hombre, vestido de una ropa que llegaba hasta los pies, y ceñido por el pecho con un cinto de oro. Su cabeza y sus cabellos eran blancos como blanca lana, como nieve; sus ojos como llama de fuego; y sus pies semejantes al bronce bruñido, refulgente como en un horno; y su voz como estruendo de muchas aguas. Tenía en su diestra siete estrellas; de su boca salía una espada aguda de dos filos; y su rostro era como el sol cuando resplandece en su fuerza» (vv. 12-16).

Jesús, estando en la tierra, se transfiguró delante de Pedro, Jacobo y Juan, «y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz» (Mt 17:1-2).

Ahora Juan no reconoce a Jesús rodeado de siete candeleros de oro (las siete iglesias), a las cuales va a enviar a las siete estrellas (siete ángeles), que tiene a su diestra, con las siete cartas. Su apariencia es la de un juez; el cinto de oro representa santidad, pureza. Sus cabellos blancos representan sabiduría. Sus ojos como llama de fuego representan ira, cólera. Sus pies como de bronce representan juicio. Su voz representa poder y autoridad. La espada aguda de dos filos, su palabra.

En cuanto a la espada aguda de dos filos que sale de la boca de Jesús, el autor de la carta a los hebreos nos dice cuál es su función: «Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta» (Heb 4:12-13).

Esta es el arma de Dios y del Cordero. Con ella Dios discierne los pensamientos e intenciones de los corazones, y juzga y dicta sentencia. Con ella el Cordero herirá a las naciones y las gobernará en el milenio como dice: «De su boca sale una espada aguda, para herir con ella a las naciones, y él las regirá con vara de hierro; y él pisa el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso» (Ap 19:15).

«Cuando le vi, caí como muerto a sus pies, y él puso su diestra sobre mí, diciéndome: No temas; yo soy el primero y el último; y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades» (vv. 17-18).

Juan no reconoce a Jesús porque este se manifiesta en toda su gloria como Dios, y el apóstol cae como muerto a sus pies. Pero Jesús, poniendo su diestra sobre él, le revela que a quien Juan vio crucificado y muerto

era a Dios hecho hombre, y que ahora vive por los siglos de los siglos teniendo en su mano las llaves de la muerte y del lugar donde están los muertos.

«Escribe las cosas que has visto, y las que son, y las que han de ser después de estas. El misterio de las siete estrellas que has visto en mi diestra, y de los siete candeleros de oro: las siete estrellas son los ángeles de las siete iglesias, y los siete candeleros que has visto, son las siete iglesias» (vv. 19-20).

Las cosas que ha visto son: a Jesús glorificado rodeado de las siete iglesias. Las cosas que son: el estado de las siete iglesias. Las que han de ser después de estas: los siete años de tribulación ininterrumpida que sufrirá la tierra, una tribulación que dará comienzo cuando el Cordero abra el primer sello.

En cuanto a los ángeles, lo que Jesús le dice a Juan es que escriba siete cartas, una para cada una de las siete iglesias, y las envíe a los siete ángeles que están en cada una de las siete iglesias.

Teniendo esto presente, recordemos que el autor de la carta a los hebreos nos dice que «algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles» (Heb 13:2). El término *algunos* se refiere a Abraham y a Lot. Este último dijo a los dos ángeles: «Ahora, mis señores, os ruego que vengáis a casa de vuestro siervo y os hospedéis, y lavaréis vuestros pies; y por la mañana os levantaréis, y seguiréis vuestro camino. Y ellos respondieron: No, que en la calle nos

quedaremos esta noche. Mas él porfió con ellos mucho, y fueron con él, y entraron en su casa; y les hizo banquete» (Gn 19:2-3). Lot, sin saberlo, hospedó a dos ángeles, no a dos hombres.

Lo único que podemos decir es que cada ángel de cada iglesia recibía la carta enviada por Juan y les anunciaba el contenido de la carta.